

frido la suerte de Polonia. Su propio electorado de Brandeburgo, con casi todos los dominios aceptados en la desmembración de Polonia, le fueron desceñidos por las victorias francesas. La pobre Varsovia, entregada por los desmembradores al triste látigo prusiano, se incorporó un poco en su sepulcro, y buscó en los aires, volviendo á todas partes el hueco de sus ojos vacíos, aquella secular alma de Polonia, que vivificara y esclareciera tantas naciones libres.

Cuando, merced á los excesos en que cayera la soberbia de Napoleon, Alemania, confederada con Rusia é Inglaterra, venció en Waterloo; su mapa se alteró de nuevo, pero más en favor del Austria, Estado imperial y católico, que no en favor de Prusia, Estado militar y protestante. Así es que la presidencia de la confederación perteneció al Austria. Mas para demostrar lo confuso de todas estas agrupaciones germánicas baste decir que, ya entrado en edad nuestro siglo, formaban parte de la confederación germánica y aparecían feudatarios del imperio alemán reyes extranjeros, como el rey de los Países-Bajos, como el rey de Inglaterra, como el rey de Dinamarca. La Prusia, que con sus Electores de Brandeburgo y sus reyes filósofos, había representado el principio protestante y el principio filosófico en Alemania, recibió, por lo mucho que su ejército contribuyera con su disciplina y con su valor al triunfo común, grandes dominios. Magdeburgo, la Pomerania escandinava, parte considerable de Sajonia y el Gran Ducado de Posen, constituyeron el núcleo de un nuevo territorio y Estado venido indudablemente á disputar su poder al Austria y á traer el predominio de la Germania protestante sobre la Germania católica. Si á esto se añade la devolución de los principados rhinianos y hasta la entrega de Neufchatel, por la que perteneció el rey prusiano á la confederación helvética, podrá verse cuánto y cómo creció el Estado apercebido desde luengos tiempos á formar el núcleo de Alemania. Todos los otros territorios germánicos pasaron por alteraciones análogas. Baviera tuvo que ceder una parte de sí misma en aquellos cambios al Austria; Sajonia se halló disminuída por los engrandecimientos de Prusia; el Wurtemberg agrandado por reacaparación de territorios austriacos; y una multitud de Principados y principillos interpuestos como los aereolitos entre los astros y demostrando así el carácter fragmentario y feudal de Alemania. Lo único, á la verdad, supremo ya, y totalmente definitivo, la solución perdurable, fué la determinación tomada,

en tan supremos instantes, de reacción europea contra los principados eclesiásticos. Ninguno renació; pero la continuación del fraccionamiento, la presencia de tantos extranjeros en las dietas germánicas; la rivalidad entre Prusia y Austria; el sentimiento de unidad, trajeron consigo la gran transformación que verdaderamente caracteriza este nuestro tiempo.

¡La unidad alemana! Pocas ideas han tenido en el mundo más vieja prosapia, y pocas ideas han marchado tan lentamente á su realización. Los alemanes, un día salvados de los turcos en el siglo décimo sexto por la omnipotencia española; salvados otro día de los austriacos y de la reacción religiosa por los Valois de Francia; salvados de Wallestein y sus hordas por Gustavo de Suecia y por el mismo Richelieu en persona; y á pesar de todas estas salvaciones varias, desmembrados y desunidos por las conquistas de Luis XIV; rotos y reincorporados en parte á Francia por las guerras de su república; descompuestos y recompuestos por Napoleon á su arbitrio; comenzaron, en cuanto las guerras napoleónicas concluyeron y se vieron ellos á merced y arbitrio de la Santa Alianza, por sentir afectos de libertad bien confusos, y terminaron por comprender como estas libertades tan deseadas y queridas no podían realizarse por completo sino dentro de la unidad superior, de la unidad nacional. Mas imposible, de todo punto imposible; constituir esta unidad superior con tantos reyes y príncipes y señores feudales, como radicaban en su seno, aún después de tantos recortes, como se habían hecho en su feudalismo y de tantos territorios como se habían reducido en su inmenso espacio á un denominador común. Austria por un lado con sus tendencias imperiales y católicas, Prusia por otro lado con sus tendencias protestantes y monárquicas, Baviera pretendiendo el poder y el ministerio de un gran reino, Sajonia, Hesse, Hannover pugnando por conservar su independencia y sustraerse á la fuerte mecánica de una invencible atracción, tantos y tantos factores discordes y en guerra, convertían la idea de unidad en poético sueño sino aplicaciones de ningún género á la vida, fuera de todas las realidades concretas, y dentro de los ensueños poéticos, muy buenos para las epopeyas y para las leyendas, muy vanos para la triste y áspera política.

Mas notábase que, allá en las Universidades, poco á poco se iba formando un partido, el cual llevaba este nombre, la joven Alemania, bien significativo de sus viejos ideales y de sus risueñas esperanzas. Notábase

frido la suerte de Polonia. Su propio electorado de Brandeburgo, con casi todos los dominios aceptados en la desmembración de Polonia, le fueron desceñidos por las victorias francesas. La pobre Varsovia, entregada por los desmembradores al triste látigo prusiano, se incorporó un poco en su sepulcro, y buscó en los aires, volviendo á todas partes el hueco de sus ojos vacíos, aquella secular alma de Polonia, que vivificara y esclareciera tantas naciones libres.

Cuando, merced á los excesos en que cayera la soberbia de Napoleon, Alemania, confederada con Rusia é Inglaterra, venció en Waterloo; su mapa se alteró de nuevo, pero más en favor del Austria, Estado imperial y católico, que no en favor de Prusia, Estado militar y protestante. Así es que la presidencia de la confederación perteneció al Austria. Mas para demostrar lo confuso de todas estas agrupaciones germánicas baste decir que, ya entrado en edad nuestro siglo, formaban parte de la confederación germánica y aparecían feudatarios del imperio alemán reyes extranjeros, como el rey de los Países-Bajos, como el rey de Inglaterra, como el rey de Dinamarca. La Prusia, que con sus Electores de Brandeburgo y sus reyes filósofos, había representado el principio protestante y el principio filosófico en Alemania, recibió, por lo mucho que su ejército contribuyera con su disciplina y con su valor al triunfo común, grandes dominios. Magdeburgo, la Pomerania escandinava, parte considerable de Sajonia y el Gran Ducado de Posen, constituyeron el núcleo de un nuevo territorio y Estado venido indudablemente á disputar su poder al Austria y á traer el predominio de la Germania protestante sobre la Germania católica. Si á esto se añade la devolución de los principados rhinianos y hasta la entrega de Neufchatel, por la que perteneció el rey prusiano á la confederación helvética, podrá verse cuánto y cómo creció el Estado apercebido desde luengos tiempos á formar el núcleo de Alemania. Todos los otros territorios germánicos pasaron por alteraciones análogas. Baviera tuvo que ceder una parte de sí misma en aquellos cambios al Austria; Sajonia se halló disminuída por los engrandecimientos de Prusia; el Wurtemberg agrandado por reacaparación de territorios austriacos; y una multitud de Principados y principillos interpuestos como los aereolitos entre los astros y demostrando así el carácter fragmentario y feudal de Alemania. Lo único, á la verdad, supremo ya, y totalmente definitivo, la solución perdurable, fué la determinación tomada,

en tan supremos instantes, de reacción europea contra los principados eclesiásticos. Ninguno renació; pero la continuación del fraccionamiento, la presencia de tantos extranjeros en las dietas germánicas; la rivalidad entre Prusia y Austria; el sentimiento de unidad, trajeron consigo la gran transformación que verdaderamente caracteriza este nuestro tiempo.

¡La unidad alemana! Pocas ideas han tenido en el mundo más vieja prosapia, y pocas ideas han marchado tan lentamente á su realización. Los alemanes, un día salvados de los turcos en el siglo décimo sexto por la omnipotencia española; salvados otro día de los austriacos y de la reacción religiosa por los Valois de Francia; salvados de Wallestein y sus hordas por Gustavo de Suecia y por el mismo Richelieu en persona; y á pesar de todas estas salvaciones varias, desmembrados y desunidos por las conquistas de Luís XIV; rotos y reincorporados en parte á Francia por las guerras de su república; descompuestos y recompuestos por Napoleon á su arbitrio; comenzaron, en cuanto las guerras napoleónicas concluyeron y se vieron ellos á merced y arbitrio de la Santa Alianza, por sentir afectos de libertad bien confusos, y terminaron por comprender como estas libertades tan deseadas y queridas no podían realizarse por completo sino dentro de la unidad superior, de la unidad nacional. Mas imposible, de todo punto imposible; constituir esta unidad superior con tantos reyes y príncipes y señores feudales, como radicaban en su seno, aún después de tantos recortes, como se habían hecho en su feudalismo y de tantos territorios como se habían reducido en su inmenso espacio á un denominador común. Austria por un lado con sus tendencias imperiales y católicas, Prusia por otro lado con sus tendencias protestantes y monárquicas, Baviera pretendiendo el poder y el ministerio de un gran reino, Sajonia, Hesse, Hannover pugnando por conservar su independencia y sustraerse á la fuerte mecánica de una invencible atracción, tantos y tantos factores discordes y en guerra, convertían la idea de unidad en poético sueño sino aplicaciones de ningún género á la vida, fuera de todas las realidades concretas, y dentro de los ensueños poéticos, muy buenos para las epopeyas y para las leyendas, muy vanos para la triste y áspera política.

Mas notábase que, allá en las Universidades, poco á poco se iba formando un partido, el cual llevaba este nombre, la joven Alemania, bien significativo de sus viejos ideales y de sus risueñas esperanzas. Notábase

más, notábase que tal partido, empollado en las aulas, en esos nidos de las ideas, á veces mandaba y expedía ilustres desterrados á París, los cuales presagiaban una revolución germánica, frente á la que de seguro quedaría como un idilio en la memoria humana el gran movimiento de la Revolución francesa. Así, en aquel día de sorpresa y espanto, que reveló al mundo el advenimiento de la democracia por medio del súbito volcán denominado revolución de Febrero, ardió Alemania, demostrando así, en aquella erupción, las lavas líquidas, rojas, hirvientes, que latían á una en sus fríos sueños también. La democracia, que creyeron muchos vano sueño de jóvenes y acaloradas cabezas, surgió fortísima, empeñando en campos y en ciudades un formidable combate con los poderes históricos. Baden, Dresde, Viena, Munich, Berlín, ardieron, como si el espíritu revolucionario de París se hubiese transfundido á sus venas y elevádose á interior alma de sus almas. El emperador de Austria huyó primero y abdicó por último. El rey de Baviera y el duque de Sajonia vieron frisar las barricadas en sus tronos. El rey de Prusia encontró los muertos tendidos por las tropas en las calles, dentro del Palacio real, en su propia cama, y se volvió loco. La revolución germánica siguió muy de cerca y muy de prisa en estos años tempestuosos á la Revolución francesa.

Pasó allí lo mismo que pasara en el resto de nuestra Europa. El estallido de Febrero resultó una explosión; pero el estallido de Febrero no resultó una solución. En medio de los estremecimientos revolucionarios no se resuelve nada, no se organiza nada. Febrero llevaba en su seno la muerte, y la muerte pronta, por no haber en ninguna parte allegado una solución, cual deben ser las soluciones políticas, una solución concreta y tangible. La democracia no estaba perfectamente definida y como no estaba la democracia perfectamente definida, la democracia marró, cual marran todos los movimientos políticos y sociales, si carecen de fin y objeto. Heróicos, sublimes, mártires, supieron los inmortales demócratas de aquel tiempo creer, pelear, morir, más no supieron limitarse y definirse, destrozándose así los unos á los otros en las vagas tinieblas de sus propios errores. Los revolucionarios de Madrid lucharon en Marzo, y en Mayo, pero sin saber ni averiguar lo mismo por que luchaban; los republicanos de Febrero no acertaban si la república por ellos proclamada entre súbitas inspiraciones debía ser individualista ó socialista; Italia vacilaba entre la república y la monar-

quía sin saber si fiarse al cetro de Saboya ó al tribunado de Massini; Hungría, dirigida por un hombre tan extraordinario como el dictador Kossut, enterraba la corona de San Esteban, y quedándose como perpleja en una especie de crepúsculo, no sabía cómo constituirse, ni qué forma dar á sus incontrastables aspiraciones: faltábale á la revolución europea un ideal y un objeto. Aquello podía llamarse la grande aparición del nuevo elemento democrático, pero no podía llamarse de ningún modo su victoria.

Pues, entre todas las naciones encendidas y exaltadas por la revolución ¡ah! ninguna de tal perplejidad como Alemania. Siempre ha sido el mundo alemán poco dispuesto para lo que llamamos práctica y acción. Los pueblos latinos apenas conciben una idea, cuando la realizan y la cumplen. No les parece verdad sino la verdad objetiva. El subjetivismo alemán, ó sea, el aislamiento de los alemanes dentro de sí mismos, les quita idoneidad para la práctica y acción. En vano su gran poeta, el primero de todos los germanos, quiso rectificar el Evangelio, escribiendo en su principio la incomparable apoteosis de la acción sobre la idea y sobre la palabra. En el principio dijo, no era el Verbo, no, en el principio era el acto. En vano su gran crítico les demostró como por la razón teórica y pura se llegaba por grados al aniquilamiento de todos los seres en la nada, y como para conservar la libertad, el derecho, el alma con su inmortalidad y con su responsabilidad, se necesitaba una razón práctica. En vano el último de sus filósofos y de sus metafísicos encareció la voluntad, haciéndola como una especie de agente y de creador universal. El alemán pone infinita é insalvable distancia entre su cabeza y su brazo. Así, los pueblos latinos se han tragado ya el feudalismo de sus nobles, el absolutismo de sus reyes, las viejas sustancias sociales; y el alemán sostiene hoy un patriciado campesino y territorial y un absolutismo realista como los nuestros allá en añejos tiempos. Sublevóse, pues, cual se había sublevado Europa entera tras la revolución de Febrero; supo menos que los demás pueblos europeos la solución á dar y el pensamiento á traer en aquellas erupciones. Vencedor el pueblo alemán sobre todas sus viejas tiranías, no acertaba con lo que debiera en último término hacer para organizar la victoria. Sus perplejidades no tuvieron en aquella terrible crisis número ni medida y frustraron á la postre todo aquel movimiento.

No hubo jamás en el mundo Asamblea semejante á la grande Asamblea